

Nuestros, porque fueron los primeros, que vieron, y conocieron en su Tierra, y por la gracia de Dios, reciben de ellos muy buen exemplo. A ellos mas en particular, que a los otros obedecen, y de ellos reciben, con gran devocion, los Aiuos, que han de ayunar, y los demás exercicios Penitenciales. Aprovechan mucho en la Doctrina Christiana, y tienen mucha aficion a las cosas, que son de nuestra Santa Fe Catolica, y las aprenden mas presto, y mejor, que los Hijos de los Españoles, para Honra, y Gloria de Dios Nuestro Señor, el qual sea bendito en los Siglos de los Siglos. Amen. De nuestro Convento de Tlalmanalco, cerca de la gran Ciudad de Mexico, de la Custodia del Santo Evangelio, a doce Dias del Mes de Junio, Año del Señor de 1531.

CAP. XVII. De la Memoria, que de el Santo Fr. Martin ai en el Pueblo de Amaquemecán; y de la veneracion en que son tenidas sus Reliquias.



A Celebre Memoria, que de el Santo Fr. Martin de Valencia se tiene oi Dia en el Pueblo de Amaquemecán, demanda, que de ella se haga particular Capitulo, y mencion. Para lo qual es de saber, que este Pueblo, llamado Amaquemecán, cae diez, o doce Leguas de esta Ciudad de Mexico, al Oriente, en la Aldea de un altísimo Volcán de Fuego, que hecha, a tiempos, por una boca, que en lo alto tiene, humaradas, o nubes espesísimas de humo, y ceniza. Era este Pueblo (segun el Gobierno antiguo de los Indios en su Infidelidad) de la Provincia de Tlalmanalco, donde el Varon de Dios Fr. Martin de Valencia tuvo su principal habitacion en vida, y donde estuvo sepultado su Cuerpo mas de treinta Años, despues de su muerte. Y no solo aquello (que no está mas de dos Leguas bien pequeñas de Tlalmanalco) sino mucho mas tenían, a la saçon, a su cargo, y de Visita los Frailes nuestros, que alli residían. Y despues de iá Christianos, y doctriados los Indios, fundaron su Monasterio en Amaquemecán, los Padres de la Orden de Santo Domingo,

Tiene Amaquemecán, al vn cabo de su Poblacion, entre el Poniente, y Medio Dia, un Cerro, quasi de la forma Piramidal del Volcán, bien prolongado en altura, gracioso, y acompañado de alguna Arboleda, de cuya cumbre se señorea, y goça toda aquella Comarca, que es un Valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del Volcán; y entre sus Montañas, y en lo alto, a un lado del Cerro, aviendo subido por él como quarenta, o cinquenta estados, pocos mas, o menos, está una Cueva, formada de la misma Naturaleça, en la viva Peña, de hasta quinze pies, en ancho, y algo mas en largo, y menos de alto, a manera de Hermita, aparejada de todo lo del Mundo, para combidar a su morada a los que tienen espíritu de vida solitaria. Fr. Juan Bautista Mules, en el Memorial, que hace de la Provincia de San Gabriel, tratando de este Lugar, dice estas palabras: El Lugar de Amaquemecán, está como doce Leguas de la Ciudad de Mexico, a cía Oriente, puesta al pie de una Montaña altísima, del qual sale una gran boca de fuego, la qual Montaña es muy adornada de Arboles, y de las Cumbres de ella se descubre gran vista de Tierras, y en lo baxo está un Valle muy ameno, rodeado de Montañas. En la ladera de esta dicha Montaña está la Hermita del Santo Fr. Martin. Por lo dicho en este Capitulo, se ve el ierro cometido en el dicho Memorial, el qual lo sacó a la Letra, del que hizo el General Gonçaga, en Latin, de toda la Orden, y no debe causar maravilla, pues escriven de tan lexos, y con sola noticia de Tierras tan remotas, como estas; lo qual será posible, que nos suceda, a los que por acá tratamos de otras cosas, que no conocemos, porque es muy facil errar en las cosas de noticia, que pasan por muchas manos. Y lo cierto es en este caso, que la Serreçuela, o Monte donde está la Cueva, está apartado de el Volcán, mas de una Legua, y le cae al dicho Pueblo de Amaquemecán, al Poniente, y esto hemos visto diversísimas veces, que hemos pasado por él,

Cap. 54

Gonçaga;

y subido a su Cumbre. Y bolviendo al proposito, digo, que este Lugar era singular recreacion al espíritu del Siervo de Dios Fr. Martin de Valencia, y todo quanto pudo lo frequentó; tanto, que por goçar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco, mas que en otro Convento, y muy a menudo se iba allí, así por visitar, y doctriar los Indios de aquel Pueblo, que estaban a su cargo, como por recogerse, y darse todo a Dios, en aquella Cueva, sin ruido de Gentes, y sin bullicio de negocios. Allí pasaba, con mucho rigor, sus Aiuos, y Quarentenas; allí exercitaba de veras sus acostumbradas Penitencias; allí se le pasaban Dias, y Noches, en continua oracion, y meditacion de la Passion de Christo Crucificado, mortificando su carne, con diversos generos de aflicciones, y castigos.

Cuentase, que quando estaba en aquel Monte, y salia de la Cueva a orar, por las mañanas, a un Arboleda, que está en lo alto de él, que se ponía debaxo de un Arbol grande, que allí estaba, y en poniendose allí, se hinchía el Arbol de Aves, que le hacían graciosa harmonia, que parecia le venían a ayudar a loar a su Criador. Y como él se partía de allí, las Aves tambien se iban, y despues de su muerte, nunca mas fueron allí vistas. Tambien se cuenta, en su Historia, que en aquel Hermitorio le aparecieron al Varon de Dios, mi P. S. Francisco, y S. Antonio, y dexandolo, en estremo, consolado, le certificaron, de parte de Dios, que era Hijo de salvacion. Los Indios, que bien sabian en lo que el Santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad, y recibían grandísima edificacion, y confirmaban, en sus coraçones, la opinion, que de su Santidad tenían concebida, por las demás virtudes, que en él conocían, y doctrina, que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las Palabras de su Predicacion Evangelica, muy a la letra, y no dudando ser Santo, y escogido de Dios.

Quando este Bienaventurado falleció, pusieron a recado, y guardaron, con mucho cuidado, la Ropilla de su uso, que pudieron haver, teniendo esta fe, y devocion, que Nuestro Señor, por intercesion de su Siervo, y mediante aquellas sus prendas, les haria mercedes, y los socorriera en sus necesidades; y fueron tan perseverantes

en esta su devocion; que tuvieron estas Reliquias, por espacio de quasi cinquenta Años encubiertas, traspassandolas de mano en mano, en las grandes pestilencias, que en esta Nueva-España han corrido, sin dar parte de ellas, ni a los Religiosos de S. Francisco, que los tenían a cargo, quando el Santo falleció, ni a los de Santo Domingo, que despues entraron en aquel Pueblo, hasta el Año de ochenta y quatro, que quiso Nuestro Señor se descubriesen, y manifestasen a todos, por la manera siguiente.

Estaba, a la saçon, por Vicario del Monasterio de Amaquemecán, un venerable Padre, que havia sido Vicario Provincial de la Orden de los Predicadores, en esta Nueva España, llamado Fr. Juan Paez, muy especial devoto del P. Fr. Martin de Valencia, por la fama, que siempre ha volado de su Santidad, en estas Regiones, entre los Religiosos de todas las Ordenes, y Seglares, así Españoles, como Indios; y por contemplacion de aquella Cueva, donde se recogía a darse a Dios (que despues acá siempre ha tenido por nombre la Cueva del Santo Fr. Martin de Valencia) procuró este devoto Religioso de continuarle muchos Años en aquella Casa. Y en el dicho Año de ochenta y quatro, tratando él, en presencia de algunos Indios, que servían en el Monasterio, con fervor, y celo de las cosas del Varon de Dios Fr. Martin, y mostrando deseo de saber de su Cuerpo, y Reliquias, uno de los Indios, que presentes estaban, le descubrió despues en secreto, como en el Pueblo se guardaban, muchos Años havia, algunas Reliquias de aquel Santo, y dióle noticia, como, y donde las hallaría. Hizo luego inquisicion sobre ello, y facadas por rastro, vino a hallar un Silicio de Cerdas, y una Tunica muy aspera, que fueron del Santo Varon, y dos Casullas pobres, de Lienço de la Tierra, con que solía decir Misa. Hallóse muy rico Fr. Juan Paez con estas prendas, y no cabía de placer, y contento. Dió luego aviso a su Provincial, de lo que pasaba, mandaronle, que las traxese al Convento de Santo Domingo de esta Ciudad de Mexico. Traxolas, sacando partido, que se las bolviesen, y no se quedasen con ellas. Vieronlas todos los Frailes del Convento, y besaronlas con devocion, y reverencia. Bolviolas el Vicario al Pueblo de Amaquemecán, y pusolas con

con mucha veneracion en la Sacristia de su Convento. Y comenzando à publicar la Inuencion de las Reliquias, acudieron muchas Personas devotas à pedir algo de ellas. Dióseles algunas particillas de la Tunica, y Silicio. Mas visto, que si el negocio iba adelante, se las llevarian todas, tomó por mejor acuerdo, guardarlas, adornando para ello la Cueva del Cerro. Puso à vn lado de ella vn Altar, donde se dixese Misa, y à otro lado vna gran Caja tumbada, que se cierra, y sirve de Sepulcro à vn Christo de bulto devotissimo, que iace en ella tendido, y à los pies del Christo, se guardan en vna Caxuela, con vna redecilla de hierro, la Tunica, y Silicio, de fuerte que se pueden ver, y no sacar fuera. Las Casullas están à otro lado sueltas, para mostrarse, y poder ser vistas.

La Cueva tiene sus Puertas, y buena Llave, con que se cierra, y ai de continuo Indios por guardas, en otra Covecueta, cerca de ella. Estos tañen à sus horas vna Campana, que tienen en lo alto del Cerro, quando abaxo tañen en el Monasterio. Todos los Viernes sube vn Sacerdote à celebrar en la Hermita, en memoria de la Pasion del Señor, venerada por el Santo Fr. Martin, en aquel devoto lugar, con sus oraciones, y lagrimas, y asperas Penitencias. Es muy frequente el concurso de los Indios en todo tiempo, en especial en aquel Dia, y no menos de los Comarcanos Españoles, y Pasajeros, porque es Camino Real, y muy curiado de los que van de la Ciudad de Mexico à la de los Angeles, y de la de los Angeles, à Mexico.

Quando se muestran las Reliquias, es con mucha solemnidad. Sube el Vicario con la compañía, que se ofrece, tocan la Campana, y juntate Gentes encienden algunos Cirios, demás de la Lampara de Plata, que cuelga de vna Peña, en medio de la Hermita, aunque de Dia ai mucha luz del Cielo, que entra por la Puerta, y van cantando los Cantores en canto de Organ, algun Motete lamentable de tiempo de Pasion. Llega el Vicario, vestido con Sobrepelliz, y Estola, abre la Caja, y hecha Oracion ante el Sepulcro del Señor, incienso al Christo, y despues à las Reliquias, y muestralas à los Circunstantes. Hace esto con tanta devocion, que juntamente con la oportunidad del Lugar, y la aspereza de aquellos vesti-

dos, y la Memoria del Santo, y de la Penitencia, que alli hizo, ablanda los duros coraçones: de fuerte, que apenas entra Hombre, en aquella Cueva, que no salga compungido, y lleno de lagrimas.

CAP. XVIII. En que se contiene la Vida de Fr. Juan de Tecto, vno de los tres primeros Evangelizadores, antes de los doce.



UNQUE la Vida del Santo Fr. Martin de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este Libro, por haver sido el primero Prelado, que con Austeridad Apostolica, y del General de la Orden, pasó à estas partes à predicar el Santo Evangelio, es de saber, que vn Año antes havian venido à esta Nueva-España tres Religiosos, tambien Franciscos, de Nacion Flamencos, que por haverlos traído el mismo espíritu de la Conversion de los Infieles, y hecho en el caso su posible, como perfectos Varones, que eran, y muy Siervos de Dios, es justo se haga de ellos memoria, como de primeros en tiempo, antes que se escrivan las Vidas de los Compañeros del Santo Fr. Martin de Valencia: y pasa en esta manera.

Como por todos los Reinos, y Provincias de la Christandad, se divulgase la fama de como el valeroso Capitan Don Fernando Cortés, con otros Españoles sus Compañeros, havian descubierto, y conquistado vn Nuevo Mundo, en la Region, que llamaron Indias, lleno de Gente Idolatra, y que deseaban Ministros para convertirlos à la Fè; comenzaron à mover muchos Religiosos de diversas Naciones, para venir entre ellos, y predicarles la Palabra de Dios; pero aunque fueron muchos los llamados, por esta mocion interior de espíritu, fueron pocos los escogidos, que merecieron ver puestos sus fervorosos deseos en execucion. Estos fueron tres muy señalados Varones del Convento de S. Francisco de la Ciudad de Gante; es à saber, el Guardian, que à la sazón era del dicho Convento, llamado Fr. Juan de Tecto, y dos Subditos suyos, el vno Sacerdote,

por

por nombre Fr. Juan de Aora, y otro Fr. Pedro de Gante, Lego. Solos estos tres Religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos, y pasar à esta Nueva-España, antes que los doce, con sola licencia de su Provincial, y beneplacito del Emperador, el qual alcanzaron con favor de los Caballeros, y Señores Flamencos, que como Criados, y Oficiales del Emperador, eran entonces poderosos en los Reinos de España. Bien es verdad, que el Emperador quisiera detener à Fr. Juan de Tecto, para que no pasara aca, por ser su Confesor; mas vencieronle sus ruegos, y deseos, y así lo dexó pasar. Venidos, pues, à las Indias el Año de veinte y tres, comenzaron luego à deprender la Lengua de los Naturales, y à recoger algunos Niños, Hijos de Principales, en especial en la Ciudad de Terzucuo, donde hallaron acogida en Casa del Señor, que entonces gobernaba, que les dió vn aposento, y holgaba, que industriasen à los de su Casa, y otros Niños, que se allegaban à su Doctrina, aunque todo era poco lo que hacian, por no estar del todo la Tierra asentada, ni tener ellos la Autoridad, que se requeria, para tratar con aquella Gente, que queria ser mandada con imperio, y en esta de Mexico hicieron menos, por estar esta Ciudad recién destruida, aunque no dexaba de acudir aquí Fr. Juan de Tecto, solicitando à algunos Principales, que le diesen sus Hijos, para enseñarlos à leer, y escribir.

Otro Año siguiente, llegaron los doce Apostolicos Varones, que fue el de 1524. Y viendo que los Templos de los Idolos aun se estaban en pie, y los Indios viaban sus Idolatrias, y Sacrificios, doliendose, de que aviendo Ministros Evangelicos en la Tierra, todavia se continuase aquella falsa Religion, preguntaron à este P. Fr. Juan de Tecto, y à sus Compañeros, que era lo que hacian, y en que entendian, y que havian hecho, ó en que havian entendido? A lo qual Fr. Juan de Tecto respondió: Aprendemos la Teologia, que de todo punto ignoró San Agustín; llamando Teologia à la Lengua de los Indios, y dandoles à entender el provecho grande, que de saber la Lengua de los Naturales se havia de sacar. Y dixo muy bien, que San Agustín la havia ignorado; porque como negó (con otros) ser habitable

esta Tierra, tambien ignoró las Gentes, que la poblaron, y las Lenguas, que hablaban; y para ellos fue la mejor Teologia saber, y entender su Lengua, porque con esta inteligencia hicieron mucho fruto en sus Almas, y los convirtieron.

Este Religioso Varon fue Doctissimo; tanto, que se afirma de él, no haver pasado à estas partes otro, que en Ciencia se le igualase. Leió la Santa Teologia, antes que pasase à las Indias, catorce Años en la Universidad de Paris; de donde se colegirá, que los Ministros primeros de esta Indiana Iglesia no fueron ignorantes, como algunos falsa, y maliciosamente quisieron decir. Y el fin de los Dias de este Venerable Varon fue, que saliendo de Mexico Don Fernando Cortés (que despues fue Marqués del Valle) à Conquistar las Hibueras, cerca de Honduras, en el Año de 1525. llevó consigo à este Siervo de Dios, porque no se hallaba sin su santa compañía, y él gustó mucho de ello; porque no menos deseo tenia de convertir Almas à Dios, que el Capitan de conquistar Tierras; y sucedió, que iendo el Marqués contra el Capitan Christoval de Olid, que se le havia alçado, saltaron los Bastimentos, de tal fuerte, que mucha Gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fr. Juan de Tecto, arriandose à vn Arbol, de pura flaqueza, dió à Dios el Alma, que no fue pequeño genero de martirio. Si San Pablo pone por blason del Justo padecer sed, y hambre, diciendo de si mismo, y de los demás Apostoles, y Discipulos de la Primitiva Iglesia, andar hambrientos, y necesitados de Viandas, no será de menos valor morir de hambre, siendo en servicio de Dios, y celo de la salvacion del Proximo, como le sucede à este Apostolico Varon; porque si dar vn Jarro de Agua, por Amor de Dios, y partir del Pan ordinario con el Pobre, es obra tan accepta à su Magestad Santísima: bien se sigue, que padecer necesidad de estas cosas, lo era tambien, y que lo pagará Dios, siendo sufrido, y tolerado por su Santo Amor, con muy crecidas ventajas, trocandoles la penuria presente, por aquella hartura Soberana; donde (como dice San Juan) ni tendrán sed, ni hambre, y le será convertida esta pena en goços perdurables; de los quales pienso, que está gozando este Ve-

Hhh

nes